

¿EXISTIRÁ LA SEGREGACIÓN PARA SIEMPRE?

Tú [José El Diamante Negro Méndez] debiste haber ganado este automóvil. Eres mucho mejor pítcher que yo. Adolfo Luque, gran pítcher cubano, de piel clara, de los Rojos de Cincinnati, a su compañero cubano Méndez, que incluso era mejor pítcher, pero no se le admitió en el béisbol de las grandes ligas por su piel oscura, en una ceremonia en La Habana en honor de Luque por su marca de 27-9 en 1923 con los Rojos.¹

El surgimiento del béisbol profesional como pasatiempo nacional coincidió con el surgimiento de la industria moderna y del profesionalismo en todas las áreas. En derecho y medicina, así como en el béisbol, las organizaciones estadounidenses excluían por rutina a los no blancos, así como a las mujeres y a los judíos.²

¹ Oleksak y Oleksak: ob. cit., p. 30. Además del libro de los Oleksak, las principales fuentes de este capítulo son Ken Burns y Geoffrey C. Ward: ob. cit., James D. Cockcroft: *The Hispanic struggle for social justice*, Nueva York, Franklin Watts, 1994; Hedda Garza: *African Americans and, jewish Americans*, Nueva York, Franklin Watts, 1995; y *Without regard to race*, Nueva York, Franklin Watts, 1995; Tom Gilbert: ob. cit., Dan Gutman: ob. cit., John Krich: ob. cit., Jacob Margolies: ob. cit., Robert Peterson: ob. cit., Paula J. Pettavino y GERALYN Pye: ob. cit., Benjamin G. Rader: ob. cit., Donn Rogosin: ob. cit., Rob Ruck: ob. cit.

² Para mayor información acerca de este tema, ver Hedda Garza: *Women in medicine*, Nueva York, Franklin Watts, 1994, y *Barred from the bar*, Danbury, Franklin Watts, 1996.

La obsesión por el color de la piel no era exclusiva del béisbol, de hecho era tan estadounidense como el mismo béisbol. La segregación de los negros no habría de terminar nunca para muchos estadounidenses, sería casi como una “condición natural”. El virus del racismo, una horrible herencia nacida de la esclavitud sureña, extendió con facilidad su veneno al norte. De hecho, en el norte, la segregación tenía una larga historia. Desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, varios estados del norte habían despojado a los hombres afronorteamericanos libres de su derecho al voto. Tanto en el norte como en el sur, desde que la gente tenía memoria, a los latinos y a los afronorteamericanos se les impedía formar parte de los jurados; la mayoría de los hoteles, restaurantes y otras instalaciones públicas eran áreas segregadas, y secciones especiales en el transporte público se asignaban a “la gente de color”. Esto causaba grandes inconvenientes y problemas a los equipos de béisbol latinos y afronorteamericanos que debían trasladarse para jugar.

Sin embargo, para la mayoría de los latinos y afronorteamericanos, los problemas de los jugadores de béisbol no blancos parecían triviales comparados con su propia lucha por sobrevivir. Debido al surgimiento del Ku Klux Klan y de otras organizaciones en favor de la supremacía de los blancos durante el período posterior a la guerra civil, los afronorteamericanos y los latinos se sentían más amenazados y excluidos de “la vida norteamericana” que los inmigrantes europeos recientes. Los linchamientos se habían vuelto muy frecuentes, no solo en el sur, donde los negros eran amenazados constantemente e incluso se linchó a unos cuantos italianos de tez oscura, sino también en el sureste, donde los mexicanos norteamericanos y los nuevos inmigrantes mexicanos eran con frecuencia víctimas de linchamientos.³

³ Más información en Rodolfo Acuña: *Occupied America: a history of Chicanos*, Nueva York, Harper & Row, 3a. ed., 1988, y en Cockcroft: ob. cit.

En 1917, cuando estalló la Primera Guerra Mundial en Europa, surgieron empleos en las fábricas de armamento. Estas se lanzaron a dar su capacidad plena de producción para proveer a los “aliados” —Francia, Inglaterra y Rusia—, que peleaban contra Alemania. Los granjeros y los aparceros sureños negros respondieron a los reclutadores de trabajadores que los instaban a mudarse a las ciudades del norte donde los empleos eran prometedores. Desde 1915 hasta la década del 20, un millón y medio de afronorteamericanos se unieron a la llamada gran migración.

En los centros urbanos del norte había empleos disponibles, pero el color de la piel determinaba si iba a ser un trabajo calificado o no. No había leyes oficiales de segregación en Chicago, Nueva York y otras ciudades del norte, pero los negros vivían en colonias miserables segregadas, donde los niños asistían a escuelas de segunda virtualmente solo para negros. Mexicanos y latinos enfrentaban condiciones similares.

En 1917, los mineros huelguistas mexicanos de Arizona, que ganaban solo la mitad de lo que recibían los obreros blancos, fueron rodeados a punta de pistola por policías y comisionados blancos racistas, y luego abandonados en el desierto —las infames deportaciones Bisbee. Al mismo tiempo, durante la Segunda Guerra Mundial se importaban trabajadores mexicanos en cantidades nunca antes vistas para que las minas siguieran operando, los trenes siguieran caminando y las cosechas se recogieran. Sin embargo, debido a sus frecuentes huelgas por una paga igual, la mayoría de los mexicanos y mexicanos-norteamericanos fueron etiquetados de “no patriotas”.

Cuando los Estados Unidos entró a la guerra en 1917, W. E. B. DuBois, de la National Association for the

Advancement of Colored People (NAACP), aconsejó a los afronorteamericanos que se propusieran como voluntarios para unirse a las fuerzas armadas, con el fin de probar su patriotismo y su valor, y así, ganar su igualdad. Fue un consejo que no condujo al resultado deseado. Los hombres afronorteamericanos se unieron al ejército y fueron reclutados, pero solo algunos fueron asignados a posiciones de combate y la mayoría de ellos sirvió con el ejército francés. En 1917, los aficionados negros, privados de cualquier otra forma de igualdad, celebraron que *Smokey* Joe Williams, del equipo afronorteamericano Lincoln Giants del Bronx, lanzara diez entradas sin *hit* contra el campeón de la Liga Nacional blanca, los Gigantes de Nueva York y poncharan a 20 bateadores.

Después del armisticio que dio fin a la Primera Guerra Mundial, en lugar de dar una bienvenida de héroes a los afronorteamericanos que regresaban de la guerra, estos se encontraron con la violencia dondequiera que iban. A medida que las plantas de guerra cerraban, y el desempleo crecía, los negros y los latinos se convirtieron en chivos expiatorios de los problemas económicos. El verano de 1919 sería considerado como el “verano rojo” por la sangre —derramada en pleitos raciales— que teñía las calles de los Estados Unidos. Los afronorteamericanos veteranos de guerra fueron atacados en más de 25 ciudades por multitudes iracundas de racistas blancos a quienes no les gustaba la apariencia de los negros con uniforme. Por lo común, la policía, aun estando presente, no hacía nada. Un iracundo DuBois clamó por “una incesante batalla en contra de las fuerzas del infierno en nuestra tierra”.⁴

La declinante economía pronto se recicló para producir bienes de consumo. Una clase media en expansión se

⁴ Garza: *African Americans and Jewish Americans*, p. 55.

rodeó de lavadoras, refrigeradores y automóviles. Pocos estadounidenses blancos ricos pensaron siquiera en los millones de latinos y estadounidenses negros que se las arreglaban con dificultades. Al mismo tiempo, los mexicanos-norteamericanos, la mayoría de los cuales vivía en el sureste y en el sur de California, y los puertorriqueños, que iban llegando poco a poco a la ciudad de Nueva York, experimentaron una severa discriminación. Durante la Primera Guerra Mundial, el Congreso había aprobado la ley Jorres, que convertía a los puertorriqueños en ciudadanos de los Estados Unidos. La ley no les daba el derecho a votar, sino el gran “beneficio” de ser enrolados en el ejército estadounidense para morir en las trincheras de Europa. Para 1926 más de 150 000 puertorriqueños habían emigrado a los Estados Unidos, y la mayoría vivía en East Harlem, en Nueva York, como vecinos pared con pared de los afronorteamericanos y de los inmigrantes judíos e italianos. Casi siempre encontraban trabajos en fábricas y restaurantes libres de sindicatos, y sus oportunidades mejoraban algo si su piel era más blanca. En ese momento hizo erupción el escándalo de los Medias Negras o “el gran arreglo” del béisbol. En 1920, algunos de los jugadores de los Medias Blancas de Chicago confesaron haber aceptado sobornos de los apostadores para que “tiraran” la serie mundial de 1919. El escándalo trajo una gran crisis al béisbol blanco.

Igualmente, en 1920, Andrew *Rube* Foster puso en marcha la fundación de la Liga Nacional Negra. Gran parte de los equipos eran propiedad de negros. Naturalmente, los propietarios negros de la nueva liga proclamaron que su liga no se vería manchada por el escándalo. Los angustiados dirigentes de los equipos de grandes ligas hicieron causa común rápidamente. Se enfrentaron a amenazas en muchos frentes, incluido el de una liga que había sido su rival, conocida como la Liga Federal. Esta

había estado presionando con demandas *antitrust* en contra de los dueños del cartel de las grandes ligas. Más aún, cada vez más jugadores habían estado tratando de pasar de un equipo a otro en busca de mejores salarios.

Los propietarios acordaron hacer dos movimientos. Primero, dieron luz verde al uso de una pelota más viva. Para deleite de los que respaldaban al béisbol puramente de blancos, la producción de jonrones de un Babe Ruth se quintuplicó en tres años, hasta llegar a 59 en 1921. ¡Un nuevo salvador blanco había nacido! La construcción de más estadios nuevos con bardas más próximas al plato también contribuyó al incremento en jonrones. El segundo fue que, en el acuerdo nacional de 1921, los dueños decidieron dejar un solo comisionado del béisbol. Se aseguraron de que fuera un hombre en el que pudieran confiar: el juez Kenesaw Mountain Landis.

En el principio de su reinado de 24 años, el comisionado Landis ordenó la expulsión de por vida de ocho jugadores involucrados en el escándalo de los Medias Negras. Después, en 1922, para ayudar a restaurar el orden y a consolidar la situación del cartel del béisbol blanco, Landis ayudó a obtener una exención *antitrust* para el béisbol organizado ante la Suprema Corte de los Estados Unidos, bajo el falso argumento de que el béisbol era solo un juego y no un negocio.

El béisbol se volvió oficialmente no solo “todo blanco”, sino también el único deporte del país que tuvo su propio gobierno privado. Como resultado, los astutos y ricos dueños de los equipos pudieron construir dinastías de fábula, como la de los Cardenales de San Luis y la de los Yanquis de Nueva York, que dominaron las dos grandes ligas desde la década del 20 hasta 1946 y 1964 respectivamente.⁵

⁵ Los dueños de los Yanquis y de los Cardenales se aprovecharon del estatus del cartel del béisbol para consolidar sus provechosas

Los latinos a los que se les negó la admisión en las ligas blancas del béisbol encontraron una recepción más cálida en las ligas negras. Los aficionados del béisbol afroamericano asistían fielmente a los partidos de las ligas negras, en las que disfrutaban especialmente de las competencias entre un equipo blanco y otro negro fuera de temporada, cuando los equipos de ligas mayores o menores hacían giras por todo el país.* Los aficionados aplaudían a rabiar a las estrellas latinas y afroamericanas de los equipos de las ligas negras cuando vencían a sus oponentes blancos.

El comisionado Landis, preocupado, prohibió los partidos entre equipos de las grandes ligas y equipos de las ligas negras. “Mr. Foster —le dijo a Rube Foster—, cuando vence a nuestros equipos, nos deja deshonrados”.⁶ Pero la decisión del juez Landis era demasiado costosa, y el sonido de las cajas registradoras era una parte importante del juego. En 1923, Landis se sacó de la manga la prohibición de que los jugadores de ligas mayores en esos partidos usaran los uniformes oficiales y decidió anunciarlos como “juegos de estrellas” en vez de “partidos

dinastías. Los Yanquis fueron los campeones de la Liga Americana casi todos los años desde 1921 hasta 1964 (29 títulos). Los Cardenales de la Liga Nacional terminaron en primer lugar en nueve ocasiones y en segundo en seis ocasiones, de 1926 a 1946. Edward G. Barrow, gerente general de los Yanquis, compró a varias estrellas de ligas mayores y menores. Branch Rickey, gerente general de los Cardenales, creó el primer sistema de subsidiarias extenso. Barrow agregó su propio sistema subsidiario en la década del 30.

* La frase en inglés es *barnstormed around the country*: es decir, iban a pueblos y granjas donde tenían que dormir en los graneros, al igual que sucedía con las compañías de teatro y otros viajeros, de ahí el nombre. Tampoco el autor habla de “subsidiarias” en la nota 5, sino de *farm system*, es decir, “sistema de granjas”. [N. del T.].

⁶ Margolies: ob. cit., p. 29.

de exhibición”. En 1924, bajo la presión de los grupos antiinmigrantes conocidos como “nativistas”, el Congreso estableció un sistema de cuotas que restringió la inmigración a la de los europeos noroccidentales, donde la mayoría de la gente era protestante. Los pueblos de piel oscura del mundo y los judíos fueron limitados a solo un puñado al año.

Los judíos estadounidenses, más difíciles de distinguir debido a su piel blanca, eran víctimas de todos modos del antisemitismo. Aunque el béisbol los atraía tanto como a los demás estadounidenses, rara vez se les permitió convertirse en jugadores de béisbol. En 1920, el pionero de la fabricación de automóviles, Henry Ford, lanzó una campaña de propaganda contra los judíos en su periódico *The Dearborn Independent*. Publicó documentos falsos que intentaban “probar” la afirmación traída por los cabellos de que los judíos, cuya inmensa mayoría estaba en la pobreza, eran banqueros nada fiables que planeaban apoderarse del mundo. La mayoría de las universidades instituyó cuotas secretas para tener el mínimo de estudiantes judíos en sus facultades.

En los guetos judíos de Europa oriental, estudiar y alcanzar logros académicos habían sido los valores más exaltados. Sin embargo, en las colonias judías del Lower East Side, del Bronx y de Brooklyn, los niños judíos jugaban béisbol callejero y consideraban una fiesta ser llevados a un estadio de las grandes ligas para ver jugar a las estrellas. Eddie Cantor, el famoso comediante judío, recuerda que cuando dejó sus estudios, su abuela consideró un gran insulto gritarle: “¡Tú, tú, tú, jugador de béisbol, tú!...” Para la gente piadosa del gueto, un jugador de béisbol era el rey de los haraganes”.⁷

⁷ John S. Bowman y Joel Zoss: ob. cit., p. 128. Para mayor información acerca de los judíos en el béisbol, ver Garza: *African Americans and Jewish Americans*, y Hank Greenberg: *The story of my life*, Nueva York, Times Books, 1989.

Hank Greenberg, nacido en 1911 y futuro miembro del Salón de la Fama, apenas si sabía que el béisbol existía en las calles de Greenwich Village, Nueva York; pero cuando su familia se cambió al Bronx, en la década del 20, Greenberg se convirtió en un partidario de corazón de los Gigantes. El futuro gran jonronero comenzó a jugar béisbol con un equipo local, los Bay Parkways, hasta convertirse en un joven de 1,90 m de estatura. Cuando los buscadores de los Gigantes y de los Yanquis descubrieron el poder de Greenberg para dar *hit* (con un promedio de .454), fue contratado para que se fogueara en el circuito semiprofesional.

“Mi madre me decía —contó Greenberg tiempo después—: “¿por qué estás perdiendo el tiempo jugando béisbol? Es un juego de vagos”.⁸ A Greenberg le ofrecieron una beca universitaria cuando los equipos de las grandes ligas comenzaron a buscar sus servicios ansiosamente. Por no herir a sus padres, Greenberg contestó a quien más le ofrecía que primero tendría que ir a la universidad. Pero después de que los Tigres de Detroit le ofrecieron 3 000 dólares como gancho en caso de que cambiara de opinión después de su primer año en la universidad, Greenberg fue a Tampa para el entrenamiento de primavera en 1929 y nunca retomó los estudios.

Greenberg fue una excepción. Pocos judíos lograron llegar a los equipos de las grandes ligas. Uno, Andy Cohen, entró a las ligas mayores en 1926 y jugó 226 partidos como jardinero con los Gigantes de Nueva York. Cohen había jugado en un equipo de ligas menores en Minneapolis y fue objeto de toda clase de insultos. En Louisville, Kentucky, según recordó tiempo después: “Un tipo en las gradas, un gordo... me estuvo gritando durante

⁸ Greenberg: ob. cit., p. 5.

todo el partido: “Asesino de Cristo”. Me gritaba: “Asesino de Cristo esto” y “Asesino de Cristo lo otro”. Hasta que me harté. Tomé un bate y fui hacia las gradas y lo miré y le dije: “Claro, ven acá y te mato a ti también”.⁹

En el Bronx, con las gradas repletas de aficionados judíos, nadie se atrevía a insultar a Cohen.

En otras partes del país, varios jugadores con apellidos judíos comunes, como Cohen (o Cohn) se los cambiaron a apellidos como Ewing, Cooney, Kane y Bohne para tener una acogida mejor en las ligas mayores. Pero los dirigentes del béisbol se daban cuenta y los mantenían apartados.

Durante todos esos años, el béisbol organizado fue un reflejo fiel del racismo y el antisemitismo de la sociedad. Un poderoso movimiento eugenésico, que después sirvió de modelo a los consejeros de Hitler, decía “demostrar” la supremacía de los blancos. Las revistas populares decían que los latinos eran “inferiores” y “una amenaza eugenésica”.

Un libro de gran venta puso a los mexicanos la etiqueta de “comunistas de nacimiento”, quizá debido a su Revolución de 1910.¹⁰

La Liga Nacional Negra de Foster, centralizada en el Medio Oeste, incluía un equipo llamado Estrellas Cubanas, que estaba compuesto en su mayoría por jugadores cubanos. Una Liga de Color del Este se formó poco después, en 1923, y las ligas negras organizaron su propia serie mundial anual. Las ligas negras fundaron ligas menores, en el sur, que impulsaron a superestrellas como Satchel Paige. Un grupo de jugadores estrellas afro- norteamericanos, y algunos cubanos, viajaron a Japón

⁹ *Ibidem.*, p. XIV.

¹⁰ Cockcroft: *ob. cit.*, p. 73.

en 1927, siete años antes de que llegaran Babe Ruth y Lou Gehrig. Hoy, el béisbol es el deporte más popular en Japón.

En 1929, la bolsa de valores se derrumbó. Comenzó una crisis económica devastadora, conocida como “la gran depresión”. Hasta la nueva clase media se encontró sumida en la pobreza. A los afronorteamericanos, a los latinos y a los indígenas norteamericanos les fue aún peor. Si ya estaban en el escalón más bajo de la escalera, pronto se vieron buscando la simple sobrevivencia.

El béisbol había prosperado en la década del 20, pero a principios de la del 30, para mucha gente los cincuenta centavos que costaba un lugar en las gradas significaba dejar de comer. A medida que la asistencia cayó, los dueños fueron tomando diferentes medidas para mantener vivo el deporte. Sin embargo, ninguno de los dueños propuso incrementar la asistencia de los aficionados negros y latinos con la contratación de las estrellas de piel oscura para que jugaran en los equipos de las grandes ligas.¹¹

Una medida tomada por los dirigentes del béisbol blanco en 1933 fue patrocinar el primer partido de las estrellas de ligas mayores. Ese mismo año, los jugadores negros y latinos iniciaron el encuentro de las ligas negras del este contra el oeste. A diferencia del béisbol blanco, el béisbol negro y latino permitía que los aficionados escogieran por votación quién jugaría en el partido. Su competencia este, oeste se siguió llevando a cabo hasta 1950.

Muchos de los equipos de las ligas negras, que nunca estuvieron bien financiados, se disolvieron durante la

¹¹ Los salarios de los jugadores se redujeron, se introdujeron los juegos de béisbol nocturnos y, desde 1934 hasta 1939, esperando que más personas fueran a los estadios, los dueños de los clubes prohibieron las transmisiones radiofónicas de los partidos. Para estimular el interés público fueron introducidos los juegos de estrellas y los premios al jugador más valioso, y en 1936 se inauguró el Salón de la Fama del Béisbol en Cooperstown.

gran depresión. Sin embargo, surgieron nuevos equipos de las cenizas. Eran financiados en gran parte por uno de los pocos negocios que pudieron sobrevivir durante la depresión: la lotería clandestina. Alessandro *Alex* Pompez, un cubano-norteamericano nacido en Florida, era dueño de los Cubanos de Nueva York de la Liga Nacional Negra. Ayudó al mafioso judío-norteamericano Dutch Schultz a operar el negocio de los números en Harlem. Hoy, una versión legal del juego de los números se llama “la lotería” y muchos estados la utilizan como medio de recaudar fondos para sus presupuestos siempre escasos.

El extraordinario e increíblemente popular partido de los grandes de las ligas negras —como Paige, Josh Gibson y el cubano Martín Dihigo—, en las décadas del 20 y del 30 ayudó a allanar el camino a la integración racial final del béisbol. Gibson, que mandaba la pelota más lejos que Babe Ruth, pegó 75 jonrones en 1931. Si se hubieran revertido los privilegios raciales, Babe Ruth habría pasado a la historia como el “Josh Gibson blanco”.¹² Dihigo, conocido por jugar en las nueve posiciones, empató con Gibson en el título de jonronero de las ligas negras en 1935 y lo obtuvo en 1936.

Dihigo fue el único latino de la era de las ligas negras elegido para el Salón de la Fama en Cooperstown, Nueva York, así como a los Salones de la Fama en Cuba, México y Venezuela. De 1,88 m de estatura y 105 kg de peso, el poderoso cubano fue quizá el mejor pelotero de todos los tiempos. La gente lo apodaba el Hombre Equipo. Dihigo acumuló un promedio de bateo de por vida de 304. Como pitcher, ganó 256 partidos, mientras que solo perdió 133. Con frecuencia ganaba los títulos de bateo y pitcheo de su liga en la misma temporada!

¹² Margolies: ob. cit., p. 60.

En 1926, en un famoso duelo de pitcheo en el Parque Almendares, en La Habana, Dihigo ganó al jugador de piel más clara de las ligas mayores, Adolfo Luque, 1-0. Luque decía que sus compañeros cubanos José Méndez y Dihigo se hubieran vuelto incluso más famosos que él si la segregación no los hubiera excluido de las ligas mayores. En 1924, a la edad de cuarenta años, Méndez ganó el juego decisivo de la serie mundial de la ligas negras, al lanzar una blanqueada para Kansas City.

En 1937, Rafael Trujillo, el dictador de la República Dominicana respaldado por los Estados Unidos, estaba preocupado porque su equipo de Ciudad Trujillo [Santo Domingo] perteneciente a la Liga Dominicana de Béisbol Profesional, había perdido ante un equipo de la localidad rural de San Pedro de Macorís. Contactó al gran pítcher de los Crawfords de Pittsburgh de Gus Greenlee, Satchel Paige, para que trajera algunos jugadores afronorteamericanos a Ciudad Trujillo que le aseguraran al equipo un título de liga.

Garantizándoles una buena paga, el dictador reunió uno de los mejores equipos de béisbol, con jugadores de la talla de Cool Papa Bell, Dihigo, Josh Gibson y Paige. Después de una de sus raras derrotas, los hombres quedaron aterrorizados ante la aparición de la milicia del tirano con las armas en la mano, disparando al aire para informarles que “El Presidente no pierde”.¹³ El equipo de Trujillo ganó el título dominicano y regresó a los Estados Unidos para barrer en el torneo semiprofesional del *Denver Post* como las Estrellas de Ciudad Trujillo.

Los jugadores de ligas negras vieron pocas esperanzas para terminar con la segregación en el béisbol. Sin embargo, ya se había iniciado una lucha por los derechos

¹³ Rogosin: ob. cit., p. 168.

civiles que se ganaría, aunque demasiado tarde para la mayoría de ellos. Se formaron coaliciones multirraciales para combatir el desempleo masivo y para terminar con la discriminación hacia los negros. A mediados de la década del 30, los negros y los latinos desempleados triplicaron al número de blancos que no tenían trabajo. Las coaliciones de negros, latinos y blancos, muchos de ellos judíos-norteamericanos, pelearon y obtuvieron algo de ayuda gubernamental para los millones de desempleados. Nació un poderoso movimiento laboral.

Con gobiernos antidemocráticos nazis y fascistas en el poder en Europa, era embarazoso para los líderes del gobierno estadounidense y para los periodistas hablar contra los nazis partidarios de la supremacía de los blancos, cuando el racismo en todas sus formas abominables era tan obvio en los Estados Unidos. Unos cuantos columnistas y periodistas blancos comenzaron a hacer hincapié asiduamente sobre el asunto de la discriminación en el béisbol.

En 1935, la voz de uno de los locutores de radio más renombrados, Westbrook Pegler, se escuchó por la radio en todo el país hablando acerca de la “estúpida ley no escrita que priva a los Babe Ruth y a los [Dizzie] Dean de piel oscura de la fama y el dinero que se merecen”. Dan Parker, del *New York Daily News*, escribió que “no hay una razón válida por la que en un país que se hace llamar democrático, exista la intolerancia en el campo de los deportes, el lugar de reunión más democrático de todos”.¹⁴

Cuando Adolf Hitler expuso a los atletas más destacados de Alemania como prueba de “la supremacía aria”, los afronorteamericanos vitorearon a su estrella de campo y pista Jesse Owens, que obtuvo medallas de oro y de

¹⁴ *Ibíd.*, p. 181.

plata en los Juegos Olímpicos de 1936. Estos se llevaron a cabo en Berlín bajo las narices de Hitler. Dos años más tarde, el boxeador afronorteamericano Joe Louis, *el Bombardero Negro*, noqueó a Max Schmelling, el campeón de boxeo galardonado por Hitler. Pero también hubo una cara oscura a la respuesta hacia el nazismo. A medida que la filosofía hitleriana superracista dominó en Alemania y después se esparció por Europa, el virus agazapado del racismo y del antisemitismo que había vivido una larga y saludable vida en los Estados Unidos, abrió el camino a una tendencia mucho más virulenta que pasó al otro lado del océano.

En Alemania, en 1938, las leyes antisemitas oficiales hicieron la vida imposible a los judíos. Ninguna familia judía soñó, ni en sus peores pesadillas, que los campos de la muerte serían su destino final, pero muchos vieron suficientes señales de peligro para intentar dejar su tierra natal. El Congreso de los Estados Unidos votó contra una legislación que elevara las duras cuotas de inmigración de 1924 para permitir a los refugiados en peligro entrar al país. Mucha gente a la que los funcionarios estadounidenses de migración negaron la entrada, murió después en las cámaras de gases de los campos de concentración nazis.

Para 1939, cuando era obvio que la participación de los Estados Unidos en la guerra era inevitable, grupos poderosos de odio culpaban en voz alta a los judíos-norteamericanos no solo por la gran depresión, sino también por la guerra. En muchas ciudades, miles de personas pro nazis de la alianza germanoamericana llevaban a cabo desfiles regulares, adornados con uniformes decorados con suásticas nazis. En 1942, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba al rojo vivo, una encuesta Roper anunció su descubrimiento de que la mayoría de los estado-

unidenses consideraban a los judío-norteamericanos como una amenaza. Solo estaban por debajo de los japoneses-norteamericanos, que ya estaban siendo enclaustrados en campos de detención mientras durara la guerra.

Varios afronorteamericanos y latinos hablaron en contra de estos ultrajes, pero tenían poco poder para cambiar la política gubernamental. Además, sus propias luchas por la justicia se estaban calentando de nuevo. A fines de la década del 30, cuando se abrieron las plantas de defensa y se incrementó el reclutamiento para el servicio de las fuerzas armadas, creían que había llegado el momento adecuado para presionar y obtener igualdad en el empleo.

El primer año de Hank Greenberg en las ligas mayores fue 1933, el año en que Hitler subió al poder. A pesar del aumento del antisemitismo, a Greenberg se le dio dos veces el título de jugador más valioso. Nadie ignoró su asombroso récord de jonrones cuando los Tigres de Detroit ganaron el galardón en 1934, 1935, 1940 y 1945. En 1935, los orígenes judíos de Greenberg se habían vuelto el foco de atención, pues rehusó jugar en el día más sagrado para los judíos, el Yom Kipur, aunque su equipo estaba en plena disputa del título.

Era costumbre de los jugadores en la banca burlarse de los oponentes cuando llegaban a batear. Este “rejuego de la banca” se volvió racista cuando los judíos o los latinos llegaban al plato. En la serie mundial de 1935, los Cachorros de Chicago “crucificaron a Hank Greenberg por ser judío, y provocaron al umpire judío Dolly Stark llamándolo asesino de Cristo”.¹⁵ El árbitro principal tuvo que detener el juego para amonestar a los antisemitas de

¹⁵ Tygiel: *Baseballs great experiment: Jackie Robinson and his legacy*, Nueva York, Oxford University Press, 1983, p. 182.

la banca y decirles que se callaran o serían expulsados del partido.¹⁶ Sin embargo, el antisemitismo se volvió más doloroso en 1938. Greenberg había pegado 58 jonrones para la última semana de la temporada y con solo dos más hubiera superado el récord de Babe Ruth. Otro famoso pelotero judío, Al Rosen, comentó más tarde cómo se desató el antisemitismo para no permitir que un judío rompiera el récord de Ruth. A Greenberg nunca le pitchearon bien los partidos finales de la temporada.

Sin embargo, sin importar cuánto el antisemitismo concerniera a todos los aspectos de la vida estadounidense, los judíos sí jugaron en el béisbol de las ligas mayores, y los latinos y afronorteamericanos no. Durante mucho tiempo, la barrera del color siguió siendo una realidad oculta, pero el 29 de julio de 1938 esto cambió. Durante una entrevista de radio antes del partido entre los Yanquis y los Medias Blancas, al jardinero de los Yanquis, Jake Powell, se le preguntó cómo se mantenía en forma cuando no estaba jugando. ¡Millones de aficionados del béisbol, en espera de que empezara el partido, no podían creer lo que escucharon! Powell dijo a su entrevistador que trabajaba como policía en Dayton, Ohio, “donde se mantenía en forma rompiéndoles la cabeza a los negros”.¹⁷ La emisora enmudeció por un momento y después el anunciador volvió al aire para disculparse. Los Yanquis ordenaron rápidamente una suspensión de diez días para Jake Powell, pero de todo el país llegaron las peticiones de que se le expulsara del béisbol. Las peticiones inundaron la sede de los Yanquis. Powell recibió una lluvia de botellas en Washington, D. C. Todos los columnistas de deportes se sintieron obligados a hacer comentarios so-

¹⁶ Para mayor información, ver Greenberg: ob. cit., p. XII.

¹⁷ Citado en Tygiel: ob. cit., pp. 32-33.

bre el incidente. Algunos incluso hablaron del asunto de la integración racial del béisbol. Powell se disculpó después, pero causó poco impacto. Tras bambalinas, los Yanquis trataron de venderlo. No hubo compradores. En 1940, después de que las lesiones lo hicieron quedarse en la banca, Powell dejó las grandes ligas.

Sin embargo, Powell no era el único que tenía esa manera de pensar; simplemente la hizo pública. Un tercio de los jugadores de las grandes ligas habían sido educados en el sur y muchos respaldaban al Ku Klux Klan. Por otro lado, aunque unas cuantas estrellas como Rogers Honsby y Al Simmons no querían jugar con los equipos itinerantes que sostenían partidos con los equipos de las ligas negras, muchos jugadores se unían a las competencias interracialistas. Dizzy Dean, que disfrutaba con sus duelos de pitcheo con el gran Satchel Paige, dijo: “Está mal que estos muchachos de color no jueguen en las grandes ligas, porque seguro que son grandes jugadores”.¹⁸ Las afirmaciones racistas de Powell sacaron el dilema del armario. Westbrook Pegler acusó al pasatiempo nacional de “tratar a los negros como Adolf Hitler trata a los judíos”.¹⁹

Para la primavera de 1940, quedó claro que ninguna negociación haría que Adolf Hitler desistiera de su plan de dominar el mundo. Las tropas nazis invadieron toda Europa. Los aviones alemanes lanzaron sus bombas sobre Londres. Los tanques de Hitler avanzaron hacia Moscú. A los hombres, mujeres y niños judíos rusos desarmados se les puso en formación enfrente de las trincheras y fueron ejecutados de manera brutal. Era la salva de apertura del holocausto, el plan de Hitler para borrar del mapa a la población judía de Europa.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 33.

¹⁹ *Ibidem.*, p. 34.

Cuando los hospitales de Londres se llenaron de víctimas de los bombardeos, la Cruz Roja estadounidense organizó un Programa de Sangre para Inglaterra. El doctor Charles Drew, un científico afronorteamericano que descubrió un método de conservar la sangre para las transfusiones usando el plasma de la sangre como sustituto de la sangre misma, fue nombrado para llevar a cabo el programa. Poco después de que aceptara el puesto, se le ordenó que separara las bolsas de plasma según la raza. Renunció en una conferencia de prensa muy publicitada.

Los afronorteamericanos, los latinos y los antirracistas blancos estaban encolerizados, pero el incidente que provocó la renuncia del doctor Drew era solo una pequeñísima parte de su enojo. Conforme se abrieron miles de empleos en la fabricación de armas, se volvió evidente que pocos negros y latinos serían contratados. Un poderoso grupo de derechos civiles de los latinos, el Congreso de los Pueblos Hispanos, unió fuerzas con la NAACP y el Comité del Pueblo Judío para formar el Consejo para la Protección de los Derechos de las Minorías. La ira de los negros se incrementó aún más cuando el Departamento de Guerra se negó a integrar a los militares.

El 1ro. de julio de 1940, los líderes estadounidenses más destacados, incluido el líder sindical A. Philip Randolph, anunciaron una marcha en Washington como protesta contra esas injusticias. Al incrementarse el apoyo a dicha demostración, el presidente Roosevelt expidió una orden del Ejecutivo que ignoró la cuestión de la integración militar, pero estableció el Comité de Prácticas Justas en el Empleo (FEPC, por sus siglas en inglés) para reforzar la contratación justa en las fábricas que poseían contratos gubernamentales. Los líderes negros aceptaron la solución de compromiso y la marcha fue cancelada.

Al tiempo que la propaganda nazi anunciaba a gritos la superioridad de la “raza aria”, los voluntarios afro-norteamericanos eran rechazados por los militares. El número cuidadosamente limitado de reclutas negros se encontró asignado a departamentos especiales como el Cuerpo de Ingenieros o el Cuerpo de Intendentes, en donde se les daba la responsabilidad de la limpieza, la mensajería, la cocina y otras “tareas de servicio”. En las plantas industriales, los llamados “arsenales de la democracia”, el FEPC, con poco poder real, hizo muy poco en relación con el hecho de que la mayoría de los que solicitaban trabajo, latinos y negros, fueran rechazados. Los líderes afronorteamericanos, desanimados, llamaron a una guerra en dos frentes. El símbolo de la V de la victoria se convirtió en una doble V para los negros: victoria en la guerra y victoria en casa contra el racismo.

El 7 de diciembre de 1941, Japón bombardeó Pearl Harbor. Pocas horas después los Estados Unidos entraba en guerra con Alemania, Italia y Japón. La guerra no favoreció a los aliados en los primeros momentos. Sin embargo, aunque se necesitaban reemplazos urgentemente para tomar el lugar de los muertos y heridos, no se les permitía pelear a los soldados negros. Muchos de ellos permanecieron en las bases militares llevando a cabo tareas de servicios. A los latinos, por otro lado, sí se les daban tareas de combate y siguieron ganando más Medallas de Honor que cualquier otro grupo.

Algunos hombres blancos casados se quejaron de que sus juntas de reclutamiento les ordenaban entrar en servicio, pero dejaban que los hombres solteros negros se quedaran en casa. La verdad era que los oficiales del ejército estaban presionando fuertemente para seguir con la segregación, y sin embargo continuar reclutando afro-norteamericanos. La mayoría de los campos de entrena-

miento del ejército estaban ubicados en los estados del sur, donde las leyes de la discriminación contra los negros mandaban separar a los soldados blancos de los negros en los lugares públicos. Los soldados negros casi siempre preferían quedarse en las bases a arriesgarse a ser atacados por los racistas blancos de los pueblos y ciudades cercanas. Cuando se aventuraban a salir de la base, casi siempre pasaban por restaurantes en los que no eran bienvenidos, y en los que, al mirar hacia adentro, veían a los soldados blancos cenando y socializando con los prisioneros de guerra alemanes.

En casa, muchas personas tenían la esperanza de que la lucha contra los racistas más infames sobre la faz de la tierra mejoraría finalmente las condiciones para las minorías en los Estados Unidos. En vez de ello, la situación parecía empeorar. Durante los disturbios *zoot suit** de 1943, en California, los marineros estadounidenses —durante un tumulto de borrachos— atacaron y se ensañaron en latinos, negros y asiáticos, con la aprobación de algunos de sus oficiales. El color de piel era casi siempre el criterio no verbal para llevar a cabo estas abominaciones. Nunca se molestó a los germanoamericanos.²⁰

Cuando algunos obreros afronorteamericanos y latinos fueron finalmente contratados o promovidos en las plantas industriales, los obreros blancos respondieron con violencia. El peor disturbio racial ocurrió en Detroit en 1943, cuando las tropas federales fueron requeridas para restablecer el orden. Radio Tokio describió

* Muchos mexicanos de California usaban pantalones anchos y chaqueta larga holgada, de ahí el nombre. [N. del T.].

²⁰ Para más detalles, ver Cockcroft; Donald R. McCoy y Richard T. Ruetten: *Quest and response*, Wichita, University Press of Kansas, 1978, pp. 4-6; Howard Zinn: *A people's history of the United States*, Nueva York, HarperPerennial, 1980, pp. 398-426.

jubilosamente el incidente y se burló de la “democracia” estadounidense, que continuaba “negándoles a los negros la oportunidad de tener trabajos respetables... y periódicamente atacan a ciegas y linchan a los negros uno por uno o los matan al mayoreo”.²¹

Bajo estas condiciones, la naciente lucha para integrar el béisbol floreció en una eclosión completa.

²¹ Garza: *African Americans and Jewish Americans*, p. 107.